

Introducción

El tema de este libro, en el que se reelaboran una parte de los materiales de una disertación para obtener el doctorado en la Freie Universität de Berlín, es la transformación de la cultura en Venezuela en el período de 1999-2013, con énfasis en las relaciones e interacciones entre el poder del Estado, la cultura y los medios de comunicación, que son características y determinantes en la autodenominada “revolución bolivariana” de Hugo Chávez. En este contexto entiendo por cultura los procesos y fenómenos de producción y transmisión de sentidos que constituyen el mundo simbólico de los individuos y la sociedad en que se desenvuelven. Procesos y fenómenos que tienen que ver tanto con la producción cultural organizada e institucionalizada, como con la continua elaboración de estrategias y discursos al nivel de las relaciones cotidianas.

¿Por qué se centra aquí la investigación en la cultura, tratándose de un proceso político y social que fue autodesignado como “revolución bolivariana” o “socialismo del siglo xxi”? En “On the Nonglobalization of Ideas”, la contribución individual de Samuel Moyn (2013) a *Global Intellectual History*, el volumen que publicó conjuntamente con Andrew Sartori, aquel se refiere al “cultural turn” que definió “in the past generation” la investigación en ciencias sociales (Moyn 2013: 198). En efecto, hacia 1980 la reorientación conseguida con el “giro cultural” ofreció una salida a la doble crisis que había estallado en las ciencias sociales. La había precipitado la problematización de los criterios tradicionales para evaluar la teoría interpretativa y las problemáticas investigadas, y el descubrimiento de que las ciencias sociales son una producción de textos y narrativas (Brown 1977, Altheide/Johnson 1993). Lo que debe subrayarse aquí, acerca de lo investigado en este libro, es que simultáneamente a la “culturalización” de las ciencias sociales para resolver su crisis de legitimidad y representación en la relación entre sociedad y cultura, esta dejó de ser considerada secundaria, auxiliar, para hacerse básica, de nivel primario. De esta manera, en la coyuntura marcada por el surgimiento de nuevos programas investigativos —*gender studies*, *postcolonial studies*, *cultural studies*— en el mundo académico anglosajón, la revisión generalizada de las bases de la historiografía y, más en general, el debate internacional sobre el carácter de la etapa actual de la globalización, la pasada generación de teóricos e investigadores de las

“ciencias de la cultura” (“die Kulturwissenschaft”, Hansen 2011) en el espacio académico de lengua alemana) restableció sus propias genealogías, las definiciones del campo de objetos a los que se dirige, y el cambiante campo de las cosas a las que sus objetos se refieren. Las particularidades de los estudios superiores en América Latina observan un estancamiento del debate en el estadio de la revisión de su propia tradición en los estudios de la cultura, el controversial trasplante de los “estudios culturales”, y la cuestión de los límites y los múltiples caminos hacia la modernidad, con variaciones escalonadas de subalternidad, postsubalternismo y posthegemonía. Esto fue lo que pude comprobar desde Berlín y en las múltiples permanencias en diversos países latinoamericanos, los Estados Unidos y Venezuela, en los desplazamientos que se integran en el periplo intelectual e investigativo al que aludí en la Presentación. Es así como el estadio del cotejo de los “conceptos de cultura en competencia” (Hansen 2011: 223-287) no se alcanza, al carecerse de escenarios o plataformas adecuadas.

Al ubicar como punto de partida el debate analítico y teórico sobre la cultura en una perspectiva latinoamericana, deseo poner de relieve las singularidades de una problemática histórica regional que se mueve entre lo moderno y lo tradicional; donde la cultura se halla en un terreno de indefiniciones —“la heterogeneidad multitemporal”—, en el que espacios y fronteras se entrecruzan, superponen, especifican y desdibujan. De allí que conceptos como “culto”, “popular” y “masivo” se hayan descentrados, lo que obliga a crear una alternativa discursiva multidisciplinaria, capaz de producir nuevos modos de concebir los procesos de modernización; observando además cómo lo decisivo es hoy “la relocalización de las culturas dentro del proceso de interconexiones globales, sobre la base del carácter compuesto, híbrido, transicional de todas las culturas, dentro del flujo de las corrientes contemporáneas de experiencias históricas” (Rincón 2006: 122).

Esto implica deshacerse de concepciones estáticas, para observar la cultura en tanto tránsito y provisionalidad (Cornejo Polar 1997), lucha e imposición, desigualdades y asimetrías, pero también apropiación, y sobre todo, persistencia de relaciones cada vez redeterminadas y localizadas entre tradición y modernidad.

El trabajo trata entonces sobre las transformaciones de la cultura venezolana en el marco de esa modernidad latinoamericana en inestable proceso de redefinición. De cómo el proyecto moderno y las definiciones que de él se desprenden adquieren un matiz particular en un país inundado por el petróleo. Y de cómo esas circunstancias se proyectan en y hacia la

cultura, hasta determinar los flujos y las articulaciones que posibilitan su configuración, los cuales se encuentran imbricados además hoy por las singularidades que la fase actual de la globalización ofrece como contexto.

I

He pretendido en primera instancia observar las transformaciones institucionales, aquello que ocurre en el marco de las estructuras de producción masiva y organizada de la cultura, pero siempre intentado desplazar el eje de observación hacia los sujetos, agentes activos e intermediarios de los procesos de la cultura y la comunicación.

Para poner de relieve la perspectiva de ese “otro lugar” de la cultura, es útil revisar la noción de “lo popular urbano”, acuñada por Carlos Monsiváis hacia finales de los años setenta y principios de los ochenta del siglo pasado. Un concepto que surge del cruce de los trabajos de Walter Benjamin y Daniel Bell, y que alude al tránsito que va de las sociedades tradicionales a las modernas sociedades de masas, como resultado de un largo proceso que describe el entronque entre los sectores populares, la cultura y los medios masivos en el ámbito de la ciudad; y cuyo método colectivo es la asimilación, la elección, la recreación y la invención (Monsiváis 1988, 1979, 1978, 1971). Esta idea de lo popular urbano permitió la configuración de una singularidad cultural y artística propia de lo latinoamericano, cuyos “mitos ambiguos” y “productos originales” fueron “asimilados con celeridad por la avidez masiva que los torna cultura popular” en medio de una creciente mercantilización (Monsiváis 2000a: 159-163, 1978: 98). En la fragmentación y desintegración de los regionalismos y localismos, la “cultura popular urbana” se fue imponiendo a lo largo del siglo xx como el elemento integrador de aquellas naciones que, tras los movimientos independentistas y las sucesivas revueltas y revoluciones, no lograron su efectiva cohesión, convirtiéndose en el cemento ideológico hegemónico de esa integración que ha operado hacia el interior del Estado nacional y hacia el exterior de la cultura occidental.

En el caso venezolano —lo mismo que otros países de América Latina— los medios de comunicación audiovisual, entregados por el Estado a la lógica de los empresarios privados, formaron un eje fundamental para fomentar nuevos discursos de identidad nacional a partir del consumo y las innovaciones tecnológicas. De allí que la radio, el cine, la televisión y,

posteriormente los nuevos medios y las redes sociales, hicieran posible que enormes contingentes de población rural y marginal en las ciudades pudieran integrarse aun de manera imperfecta a las vivencias de la nación.

II

Para comprender las particularidades de la cultura moderna venezolana he intentado desarrollar un enfoque múltiple, que permita ubicar los diferentes registros, los cruces, contradicciones y desigualdades, las permanentes migraciones y modificaciones de lo cultural en un paisaje específicamente latinoamericano. Con esta orientación, el cuerpo teórico del trabajo descansa sobre cuatro pilares fundamentales: 1. La observación de la modernidad no sólo como resultado de procesos de racionalización de índole económica, sino también como una conjunción de variadas interacciones entre las distintas esferas de la vida social que se superponen a distintos niveles. En donde tradición y modernidad no son más signos de carácter opuesto, y donde la “asincronidad” sobre la territorialidad (Piscitelli 1996), así como la idea de mezcla-hibridez-heterogeneidad, están en la propia base de la cultura (Brunner 2006, 1992, 1988; Brunner et al. 1989; Cornejo Polar 1994, 1978; García Canclini 2002, 2001, 1999b; Rincón 1995a). 2. La certidumbre de que la experiencia de la modernidad y los procesos de modernización y de globalización cultural en América Latina son para las grandes mayorías fenómenos que se encuentran mediados por la comunicación (Martín-Barbero 1995a, 1989, 1987; Monsiváis 2008, 2003, 2000a, 2000b, 2000c, 1998a, 1998b, 1995a, 1995b, 1988, 1979, 1978, 1971; Ortiz, R. 1988; Sarlo 1992). 3. Al mismo tiempo que se encuentra profundamente marcada por componentes premodernos, la modernidad latinoamericana se multiplica sólo en virtud de las dislocaciones de índole postmoderna, que lejos de operar como reemplazo, funciona más como catalizador de las vertiginosas relaciones que aquí se establecen entre modernidad y tradición (Benítez Rojo 1998; Richard 1999; Rincón 2006, 1996, 1995a, 1995b, 1989; Sarlo 1992, 1994). 4. La persistencia de fenómenos de origen colonial como consustanciales a la modernidad en América Latina, cuya problematización ha constituido una respuesta crítica desde la periferia a la idea de la modernidad como fenómeno epocal exclusivamente occidental, resaltando el carácter moderno de las sociedades subalternas, en contrapunto a la modernidad de las metrópolis (Coronil 2002, 1997; Dus-

sel 2005, 2002, 2001, 2000, 1998; Echeverría 1995; Mignolo 2001, 2000a, 2000b, 1995a, 1995b, 1995c, 1993; Lander 2000; Quijano 2000a; Walsh 2000).

Si bien el trabajo se apoya en buena medida en ideas producidas antes de los atentados del 11 de septiembre de 2001, por aquellos que el académico cubano-norteamericano Román de la Campa (2000) bautizó como “nuevos cartógrafos culturales latinoamericanos”, los puntos de vista aquí presentados en torno a los análisis de la cultura y los medios de comunicación intentan tener en cuenta el impacto de las estrategias geopolíticas y culturales implementadas a partir de entonces y conjugar la reflexión latinoamericana con la obra producida en otras geografías.

De la constelación de conceptos puestos en juego a lo largo del trabajo, quisiera resaltar en esta introducción al menos cuatro de los más relevantes. 1. En el plano simbólico de la cultura, la ya muy trajinada y criticada idea de nación como “comunidad imaginada” relativamente homogénea, desarrollada por Benedict Anderson (1991), con los complementos y complicaciones que el mismo autor le da en trabajos posteriores (Anderson 2005). 2. En el plano del campo de producción cultural, el análisis de la cultura llevado a cabo por Pierre Bourdieu a partir de su idea de la cultura como un “campo de fuerzas”, donde los agentes o sistemas que lo componen se desplazan como parte de las luchas que le confieren al campo su estructura específica (Bourdieu 1993, 1992, 1979, 1977a, 1977b, 1971, 1967). 3. En el plano de las relaciones cultura-poder, y considerando las particulares homologías del campo cultural latinoamericano, cuya “relativa autonomía” ha sido siempre una noción inacabada, persigo también ubicar las formas en que el poder se manifiesta como ordenador de la cultura, por medio de la puesta en práctica de rituales de exclusión y esquemas disciplinarios. Y de cómo opera una organización en profundidad de las vigilancias y los controles, que no son más que intensificaciones y ramificaciones de un poder que se multiplica, se articula y se subdivide (Foucault 1984a, 1984b, 1977, 1976-1984, 1976, 1975, 1972, 1971a, 1971b, 1971c, 1969, 1966; Deleuze 1986, 1975; Deleuze/Foucault 1972). 4. En el plano de los juegos del poder político y de la intervención en el espacio público, la observación de cómo al proceso de deslegitimación de los intelectuales “comprometidos” o “públicos” en la cultura latinoamericana le ha seguido la imposición de estructuras, dinámicas y fórmulas de valoración propias del arte y la cultura del entretenimiento. De allí que la política haya sido asimilada al modelo de comunicación

que rige fundamentalmente en la televisión. Con lo cual, nociones como “société du spectacle” (Debord 1967), “simulacres et simulation” (Baudrillard 1981), “homo-videns” (Sartori 1997), “politainment” (Arnsfeld 2005, Dörner 2001), “Inszenierungsgesellschaft” (Willems/Jurga 1998) “Inszenierung der Politik” (Meyer/Ontrup/Schicha 2000), “Darstellung der Politik” (Meyer 1998, Hoffmann/Sarcinelli 1999), “Mediendemokratie” (Sarcinelli 1998c) “Theatralisierung der Gesellschaft” (Willems 2009), “Theatrokratie” (Tänzler 2005), etc., han emergido no sólo como parte de la problematización de los dispositivos de poder disciplinario vinculados a la comunicación, sino como fórmula para observar la “densificación de las dimensiones simbólicas, rituales y teatrales que siempre tuvo la política”, (Martín-Barbero 2003: 4), en la que el poder de las imágenes se ha ubicado en el centro de todos los procesos de la política contemporánea (Sartori 1997: 70) como el lugar privilegiado en que ésta última se representa y se percibe (Sarcinelli 1997: 722).

III

Comprender las transformaciones de la cultura venezolana a comienzos del siglo XXI implica tener presente que el campo cultural venezolano ha sido históricamente dominado por la acción institucional del Estado. Una condición que es resultado de los procesos modernizadores impulsados por el auge de la explotación petrolera desde la segunda década del siglo XX, cuando el Estado venezolano se convirtió en el agente principal de la riqueza nacional y, en consecuencia, en el agente fundamental de todos los renglones de la actividad productiva del país (Coppedge 1994; Coronil 1997; Karl 1997, 1987; Mommer 1999; Dunning 2008). De esta manera, en la medida en que la sociedad identificó sus intereses particulares con los del país a través de la industria petrolera transnacional, el Estado pudo entonces representarse a sí mismo como agente legítimo de una comunidad política imaginada como limitada y soberana (Coronil 1997: 8).

Esta configuración de un Estado rentista sobre la base de una “estructura petrolera” (Santaella 1985) fue la que permitió la expansión de un poderoso dispositivo cultural financiado por el Estado, que permitió hacia mediados del siglo XX la creación de un espacio más autónomo de producción cultural. De lo que se ha considerado en términos generales

para América Latina, como una “secularización perceptible en la vida cotidiana y la cultura política”, en donde las élites y las nacientes clases medias encontraron los “signos de una firme modernización socioeconómica” (García Canclini 2001: 95).

La particularidad del caso venezolano, en comparación con otros patrones de desarrollo cultural en América Latina, reside en que el dispositivo moderno de la cultura se configuró a lo largo del siglo xx como reflejo del carácter rentista del país, dotándolo de una estructura funcional dominada fundamentalmente por la acción del Estado y dependiente de los vaivenes de los precios del petróleo. De esta manera, el Estado no sólo se hizo cargo de las instituciones patrimoniales, dejando que la industria privada, tal como sucedió en gran parte del continente, atendiera las actividades con capacidad de ser rentabilizadas: ejemplarmente, los medios de comunicación. Sino que el rico Estado petrolero, al que nunca le hizo falta aupar el mecenazgo y la participación privado, se encargó directa o indirectamente de prácticamente todo el conjunto de instituciones de la cultura, incluidas las privadas. En esa forma dio lugar al desarrollo de un monopolio en los distintos sectores de las ciencias, los museos, la música, la danza, el teatro y las bibliotecas; y, por otra, una participación mayoritaria en el sector de la educación, la producción cinematográfica, la producción editorial, y en la financiación de agrupaciones culturales privadas de toda índole. Un modelo que en la década de 1970 era considerado excepcional en América Latina, en virtud del desarrollo alcanzado y la relativa autonomía de sus producciones.

En la primera década del siglo xxi se inauguró una novedosa y contradictoria fase en el devenir histórico de la nación bañada por el petróleo, que resume la compleja transformación de los elementos fundamentales que formaron parte en Venezuela del tránsito epocal a una cultura secularizada y relativamente autónoma, identificada con la modernidad. Ha sido por ello una nueva fase para la cultura y, sobre todo, para la comunicación, en donde se han hecho visibles las luchas por la sucesión y reorganización de los grupos que habían intentado modelar distintos programas de modernización. De forma general, los procesos y fenómenos culturales del período pueden ser objetivados como el conjunto de transformaciones que ocurren por medio de la implementación de nuevas políticas, recursos tecnológicos y organizacionales, la puesta en circulación de nuevos discursos y contenidos ideológicos, o bien por las interacciones de los procesos locales con las condiciones de contexto que la fase actual de la globalización impone a su desarrollo.

A grandes rasgos, estos procesos y fenómenos pueden esquematizarse de la siguiente manera:

1. La polarización de la cultura, como reflejo de una intensa polarización del campo social, que surge del fenómeno de repolitización que sigue al ocaso del oligopolio bipartidista sobre el que se sostenía la democracia representativa, cuyo resultado ha sido la fractura de la base que permitía un principio de representación nacional relativamente uniforme. De allí que la nación venezolana no se corresponda hoy con la idea de una comunidad imaginada relativamente homogénea, sino que remite a una cisura, una división en dos bloques antagónicos, en la que cada una de las partes intenta imponer su propia representación del imaginario de la nación.
2. El reencuadramiento ideológico de las instituciones culturales del Estado en torno al proyecto bolivariano y su fallecido líder. Un proceso de enorme trascendencia, en el que fue notable el quiebre producido como consecuencia del cambio de hegemonía política.
3. Este reencuadramiento condujo a una fase de reorientación de los distintos sectores del campo cultural y, muy visiblemente, a una instrumentalización populista y clientelar de las instituciones en poder del Estado. Esto indujo a una pérdida progresiva de su relativa autonomía, a una disminución de su capacidad para ofrecer legitimidad y consagración a los agentes culturales y, consecuentemente, a una crisis de la noción de cultura como servicio público.
4. La polarización y el secuestro de las instituciones en poder del Estado propició también una reordenación política y espacial del escenario de la cultura, en el que fue visible un fenómeno de migración extensa de los agentes culturales hacia el régimen de economía privada, y con ello la aparición de nuevas instituciones y nuevos públicos en espacios no tradicionales, que tuvieron por obligación que articularse con dinámicas propias de la economía y el mercado.
5. El fenómeno arriba señalado estuvo acompañado a su vez por el fenómeno masivo de emigración transnacional de los agentes e intermediarios culturales. Esto afectó de manera importante al sector de las artes y de las ciencias y puso también de manifiesto originales estrategias globales de representación de las identidades nacionales.
6. La preponderante transformación del campo de la comunicación, que se identifica por el desplazamiento del sector privado y

la inédita expansión del aparato comunicacional del Estado bajo control del gobierno. Lo que implicó una operación por parte de sus agentes para activar un movimiento simultáneo de desplazamiento y apropiación, que le permitió asumir un nuevo protagonismo en los espacios de mayor dinamismo y repercusión de la cultura.

Estos procesos determinantes en la evolución cultural del período se inscriben dentro de procesos sociales más amplios que, es necesario poner de relieve, no son homogéneos. Por el contrario, tienen diferentes grados, tiempos y matices en su ejecución. Comprender estas circunstancias implica tener en cuenta un hecho determinante: la denominada “revolución bolivariana” no ingresa al escenario de la política tras un golpe de fuerza, sino que constituye un ascenso al poder por la vía electoral de grupos sociales y actores políticos emergentes, y fue el resultado de las continuidades y discontinuidades propias de procesos políticos locales y regionales. Por esta razón, las transformaciones en el paisaje de la cultura —a pesar de los discursos eufóricos que se aventuraron a hablar de una “revolución cultural”— no constituyeron abruptas rupturas con el pasado, sino que ocurrieron como resultado de las intensas y complejas luchas por la redefinición del campo social y, en consecuencia, del campo cultural. Transformaciones que se identifican a su vez con los cambios ocurridos en otros escenarios de América Latina y el mundo, como parte de los flujos y conflictos que acompañan la fase actual de la globalización.

IV

El objetivo general de este trabajo es analizar las transformaciones del campo cultural venezolano en el período 1999-2013, haciendo énfasis en los cambios de las relaciones entre el poder y la cultura, con especial atención al sector de los medios de comunicación, como vectores fundamentales del paisaje de la modernidad cultural venezolana acuñada por el petróleo. Para ello se persigue identificar las especificidades de los procesos y fenómenos culturales ocurridos en Venezuela, así como las interconexiones que resultan del carácter múltiple, heterogéneo y siempre cambiante de las culturas, determinadas por los vertiginosos flujos transnacionales contemporáneos de información, capital y tecnología.

Los objetivos específicos podrían desglosarse como sigue: **A.** Establecer los antecedentes/las genealogías que permiten explicar las series de continuidades y discontinuidades propias de la cultura venezolana en su proceso de incorporación a la modernidad, en el marco de la fase de globalización referida a la expansión de las fuentes de energía fósil. **B.** Identificar el mapa de los procesos que distinguen la transformación del campo cultural venezolano durante el período 1999-2013, resultado de la reestructuración de la sociedad venezolana, que ocurre tras la crisis orgánica de su programa de modernización. **C.** Analizar las relaciones e interacciones actuales entre los campos de la política, la cultura y la comunicación, como parte de la emergencia de las luchas que son determinantes en los procesos de transformación del campo cultural. Se trata de ver cómo los discursos y las genealogías se constituyen en tácticas y estrategias, que se despliegan a través de implantaciones, distribuciones, divisiones, controles de territorios y organización de dominios, los cuales constituyen una especie de geopolítica del poder. **D.** Dada la preponderancia de lo comunicacional en el espacio latinoamericano, se persigue determinar el alcance específico de las transformaciones efectuadas en el territorio de los medios de comunicación audiovisual, y evaluar la preponderancia de éste en los procesos de articulación de las relaciones entre el Estado, la política, la cultura y la sociedad. **E.** Realizar una relocalización de las transformaciones en el escenario local, para establecer los puntos de contacto que permitan observar las interacciones con el escenario global.

V

El análisis de las transformaciones culturales que han tenido lugar en Venezuela en el contexto del proceso que se autodefine y autorrepresenta como la “revolución bolivariana” exige situarse hoy en el marco de tres procesos fundamentales en América Latina: El primero de ellos es la crisis de los principios rectores del proyecto de la modernidad y el quiebre de las fronteras entre sus distintas esferas (Appadurai 2006, 1996; Beck 2007, 1986; Giddens 1990; Habermas 1981a; Jameson 1991; Lyotard 1979), que se intersecta con el quiebre de todos los procesos de desarrollo económico implementados en América Latina desde la década de 1920 hasta la década de 1980. El segundo es la rearticulación de los proyectos de las izquierdas latinoamericanas que, en el marco de los cambios actuales en la geopolítica

del poder, ha incluido la emergencia de un amplio espectro de movimientos políticos y sociales que buscan redefinir el escenario de las luchas ideológicas y pensar una nueva visión de sociedad a futuro (Beverley 1999; Coronil 2006; Katz 2008; Laclau 2006, 1985; Laclau/Mouffe 1985; Lander 2004a, 2004c; López Maya 2009, 2007a, 2007b; Maihold 2007a; Petkoff 2005; Sader 2004), cuando un país como el Brasil del Partido de los Trabajadores se perfila como potencia global (Follath 2013). Y el tercero es el contexto que a todos estos cambios ofrece la fase actual de la globalización, con la aceleración y el incremento de los flujos transnacionales propiciados por ella (Appadurai 1996, Castells 1997, Giddens 1990, Habermas 2001, Harvey 2005, 1989; Robertson 1992, Scholte 2000, Tomlinson 1999), en cuya consideración tiene que incluirse la dimensión del pasado.

La tesis sobre la que se desarrollan los argumentos desplegados a lo largo de este trabajo es que la expansión del campo cultural llevada a cabo por la revolución bolivariana para ampliar el número de beneficiarios de la acción del Estado petrolero —es decir, el movimiento que lucha contra los efectos de una modernización excluyente desde arriba, con sus propias formas y experimentos de modernización desde abajo— no se traduce en un verdadero proceso de democratización, sino mucho más en la imposición de nuevas relaciones de subordinación, manifiestas en la ampliación y sofisticación del dispositivo para el control y disciplinamiento de la cultura y la comunicación. De esta forma, el proceso que desde algunos sectores ha sido identificado con lo que Ernesto Laclau y Chantal Mouffe definen como “una lógica del desplazamiento apoyada en un imaginario igualitario” (1985: 186) no ha hecho sino conducir a la organización social y cultural en campos antagónicos, a la instrumentalización partidista y sectaria del campo cultural, y a la progresiva disolución del carácter de servicio público de la cultura propio de la modernidad. La radicalización de la democracia propuesta en la nueva Constitución de 1999 como una “democracia participativa, protagónica, multiétnica y pluricultural”, no hizo más que radicalizar las fracturas históricas que estuvieron en la base del derrumbe de la democracia representativa.

De esta manera, el desencadenamiento de procesos tales como la polarización, la discriminación, la segregación, la anulación, la discontinuidad y la migración de la acción cultural, de sus agentes y de sus públicos, son consustanciales con la alteración de la relativa autonomía del campo cultural venezolano, y con la crisis de hegemonía sectorial sobre la producción cultural que padecen las instituciones del Estado.

En el marco de estas luchas por la redefinición de las coordenadas del campo cultural, la cultura de masas, en especial aquella referida a los medios de comunicación audiovisual, ha reafirmado su preponderancia como fenómeno fundamental de la cultura venezolana moderna.

VI

El trabajo se compone de siete capítulos organizados en dos partes:

La primera parte se titula “El Estado y la nación como encrucijada” y consta de tres capítulos. En el capítulo 1 he seguido las orientaciones del sociólogo Marcel Maquet (1953) sobre la necesidad de dirigirse a la historia para intentar hallar las constantes, las reacciones del pasado a situaciones nuevas: la novedad histórica que actúa como reactivo para revelar las virtudes latentes, así como a la noción nietzscheana de “genealogía”, convertida por Michel Foucault junto con la analítica del poder y el análisis del discurso en ejes investigativos. Para ello, uno de los recursos ha sido identificar las bases del proceso de transformación ocurrido en Venezuela a lo largo del siglo xx y, en especial, las radicales contradicciones y desigualdades que supusieron los procesos de modernización ocurridos como resultado de la articulación de la sociedad, el territorio, el Estado y la nación como partes de un enclave petrolero trasnacional. En el siglo xx los ideales de la nación regada por el petróleo serán totalmente distintos a los que animaban a la Venezuela decimonónica. Y el petróleo, junto al Estado administrador de su renta, se convirtió en el actor principal de la vida del país.

Los capítulos 2 y 3 son un intento de contextualización, dirigidos sobre todo a quienes realizan sus primeros acercamientos al caso venezolano. El capítulo 2 delinea las coordenadas de los cambios generales del escenario de la política, como fórmula para contextualizar las transformaciones culturales. Allí indago en el ocaso de las tesis del “excepcionalismo venezolano”, para mostrar cómo el derrumbe de la democracia representativa instaurada en el país en 1958, y la aparición en el paisaje político nacional de Hugo Chávez y su revolución bolivariana tienen su origen en las continuidades y discontinuidades configuradas por los programas de modernización desplegados sobre la base de una economía rentista petrolera. En la segunda parte de este capítulo, y como preámbulo a los procesos específicamente culturales, describo algunas de las líneas que orientaron la acción política y la articulación simbólica de la denominada revolución

bolivariana: la apelación al “árbol de las tres raíces”, el origen del componente cívico-militar y las fuentes de legitimación en el mito bolivariano.

En el capítulo 3 realizo un acercamiento a la dimensión simbólica de las transformaciones culturales para especificar cómo han sido modificadas las cualidades de representación de Venezuela como nación. La tesis que desarrollo es que la activación de los conflictos políticos y sociales atizados por el ascenso al poder de la revolución bolivariana supusieron el fin del ideal de armonía que acompañó a la sociedad y a la nación a lo largo de casi medio siglo, obrando así la aparición de un nuevo modo de representación del imaginario nacional. Un modo que ya no es incluyente, no persigue el consenso, y que resulta en lo esencial —y de allí su carácter contradictorio— fragmentador de la nación.

En la segunda parte del trabajo, titulada “La transformación del escenario de la cultura”, pretendo realizar una cartografía general de los procesos de transformación desplegados a lo largo del período, así como una localización de los flujos que definen el campo de producción cultural. En el capítulo 4 analizo los procesos y fenómenos referidos al campo de las artes y al sector de los intelectuales. En esta parte muestro cómo el golpe de estado de abril de 2002 constituyó el detonante de una fase de transformaciones caracterizada por los esfuerzos del nuevo gobierno para monopolizar los recursos y las instituciones de la cultura, poniéndolos bajo control del Estado. Y cómo esto se tradujo en los intentos por establecer un férreo control sobre las instituciones patrimoniales, la educación, las artes y las ciencias; intentando abarcar inclusive al sector industrial de la cultura, sobre todo al de los medios de comunicación audiovisual. A lo largo de este capítulo se hace patente la agudización del carácter rentista del dispositivo del Estado para la cultura, al observar cómo a partir del alza en los precios petroleros se produce una repentina y vertiginosa ampliación del aparato cultural en poder del Estado. En medio de los flujos y las luchas que determinan la existencia del campo cultural, observamos aquí cómo el sector de la creación fue afectado al incorporar nuevas especificidades a los juegos de definición de los rangos y las categorías en el sector de las élites intelectuales.

En el capítulo 5 analizo cómo los juegos del poder y su capacidad para articular las homologías entre los campos de la política y de la cultura dotaron a la educación y las ciencias de un papel preponderante en las luchas por la redefinición del territorio de la cultura. En esta parte he

insertado también la consideración del fenómeno de la emigración, cuyas relevantes implicaciones para el campo de las ciencias, enmarcadas dentro de los flujos globales contemporáneos, han llevado a problematizar el caso actual venezolano dentro de lo que ha dado en llamarse como una fuga de talentos o fuga de cerebros (*brain drain*).

Los capítulos 6 y 7 se concentran en las importantes transformaciones sufridas por el mapa de la comunicación del país. El capítulo 6 está enfocado sobre todo en la observación de los cambios estructurales, el capítulo 7 en los flujos e intercambios que se producen junto a estas modificaciones. El análisis hace énfasis en la multidimensionalidad alcanzada por lo comunicacional en las últimas décadas como parte de las luchas por la demarcación de los territorios de la política, la cultura y las identidades nacionales; así como por el auge de los nuevos medios de comunicación en el marco de la fase actual de la globalización. De igual forma he intentado poner de relieve cómo estos procesos han propiciado el reordenamiento del campo de relaciones que se establecen a partir de lo comunicacional, modificando los modos de concebir los flujos e intercambios entre Estado y mercado, entre cultura y poder, y entre modernización y democratización.